Eulalio Ferrer: Quijote del Nuevo Mundo

Gonzalo Celorio

Eulalio Ferrer fue sin duda uno de los más grandes exploradores de las curiosidades y grandezas de nuestro lenguaje. Gonzalo Celorio, en el homenaje de la Academia Mexicana de la Lengua realizado el pasado 24 de junio, recuerda al exiliado republicano, al comunicador comprometido con el idioma y al minucioso e incomparable lector de la obra de Cervantes.

Cervantista de vida y de palabra. Buscador incansable de las más conspicuas, raras y originales ediciones del *Quijote*, desde las primeras, que muy temprano llegaron a nuestro continente y propiciaron que *El Caballero de la Triste Figura* y su fiel escudero cabalgaran por las calles de la antigua capital de la Nueva España en las mascaradas con que se celebraban las fiestas religiosas y profanas del calendario virreinal, hasta las más insólitas publicadas en tiempos modernos, unas gigantescas, como aquella pirograbada en hojas de madera que requiere la ayuda de un tameme para pasar cada una de sus pesadas y voluminosas páginas, y otras diminutas, como la que se distribuye a lo largo de cientos de cajas de cerillos, impresa por J. Colomé en Barcelona, la ciudad condal donde el mismísimo don Quijote, según se cuenta en la segunda parte del libro que narra sus hazañas, pudo ver, azorado, la edición de la primera parte de su propia historia de aventuras y desventuras. Coleccionista de figuras quijotescas provenientes de diversos lugares del mundo, que lo mismo representan al caballero universal como personaje de ópera bufa, que como místico carmelita o aguerrido samurai, según la procedencia de la imagen sea italiana, española o japonesa. Animador y presidente de la Fundación Cervantina de México. Creador del Museo Iconográfico del Quijote —único de su tipo en el mundo—, cuyos fondos se enriquecieron con el concurso de artistas plásticos contemporáneos por él convocados —Carlos Mérida, Francisco Corzas, Elvira Gascón, José Luis Cuevas, Manuel Felguérez, Luis Nishizawa, Arnold Belkin, Alberto Gironella, Alfredo Zalce, Chucho Reyes, José Chávez Morado— y entre cuyas obras destaca un lienzo asaz conmovedor del pintor español exiliado en México Antonio Rodríguez Luna, en el que don Quijote, montado en un Rocinante vendado de los ojos, encamina a los derrotados republicanos, encabezados por León Felipe y Antonio Machado, a un destierro impredecible. Poseedor de una valiosa biblioteca especializada, comparable a las que formaron en nuestro país, cada uno por su parte, Carlos Prieto y Franz Mayer, con que dotó de un magnífico acervo al Centro de Estudios Cervantinos que fundó, anexo a su museo, y que es sede de la Red Cervantina Mundial. Organizador del Coloquio Internacional, que en homenaje al Manco de Lepanto año con año desde hace dos décadas se ha llevado

Eulalio Ferrer

a cabo con la participación de destacadísimos especialistas, entre los que figuran muchos de nuestros académicos, en la muy cervantina ciudad de Guanajuato, de la que fue hijo predilecto, como lo fue también de su Santander natal y de El Toboso de las ensoñaciones quijotescas.

Tal devoción cervantina, que Eulalio Ferrer profesó a lo largo de toda su vida, tiene su origen en Argèles-sur-Mer, donde el entonces muy joven periodista pasó los primeros meses de su cautiverio tras la derrota de la República al fin de la Guerra Civil española.

Muchas veces se ha parafraseado la historia, escrita por el propio Eulalio y publicada en su sobrecogedor libro testimonial *Entre alambradas*, de su fortuito encuentro con un ejemplar del *Quijote*. Nos cuenta que a la entrada del campo de concentración, donde fueron recluidos apenas tras pasar los Pirineos los republicanos vencidos, se topó con un miliciano dispuesto a permutar un ejemplar del *Quijote* por una cajetilla de cigarros. Providencialmente, Eulalio, a la sazón un joven de escasos diecinueve años, llevaba un paquete de cigarros que no habría de consumir, pues no tenía la costumbre de fumar. La pobre y apretada edición de Calleja de 1902 que adquirió merced a tan inusitado trueque fue su compañera durante los largos meses de hambre y de trabajos forzados, transidos por la derrota y el desconsuelo. Los lances del ingenioso hidalgo le devolvieron la esperanza, avivaron sus ideales de libertad y de justicia y lo hicieron comprender y valorar la locura de sus compañeros de destierro, que sufrieron el mal de la *arenitis*, como llamó al extravío de la lucidez y la cordura sufrido entre las arenas del desierto. Este episodio, que definió la vida de Eulalio Ferrer, se ha vuelto un emblema, ciertamente cervantino y quijotesco, del triunfo de la libertad y de la fortaleza del espíritu sobre el sometimiento y la opresión.

A fuerza de leer una y otra vez las páginas del *Quijote*, Eulalio se volvió un cervantista, más por necesidad de supervivencia que por curiosidad erudita, y cuando al fin, después de muchas penalidades, pudo llegar a México —esa esperanza que inquietaba dulcemente a los refugiados—, se convirtió en una suerte de Quijote del Nuevo Mundo, adonde Cervantes nunca pudo venir como lo había deseado; un Quijote mexicano que en el transcurso de su vida hizo suyos los ideales que movieron al caballero andante a emprender sus desaforadas aventuras.

Eulalio Ferrer es una de las figuras más prominentes y generosas del exilio republicano; ese "río español de sangre roja" al que aludía el poeta Pedro Garfias a bordo de *El Sinaia*, que enriqueció todos los órdenes de la vida cultural de nuestro país. Destacó en el campo de la publicidad y la comunicación, y fue promotor y mecenas de numerosas empresas académicas, artísticas e intelectuales.

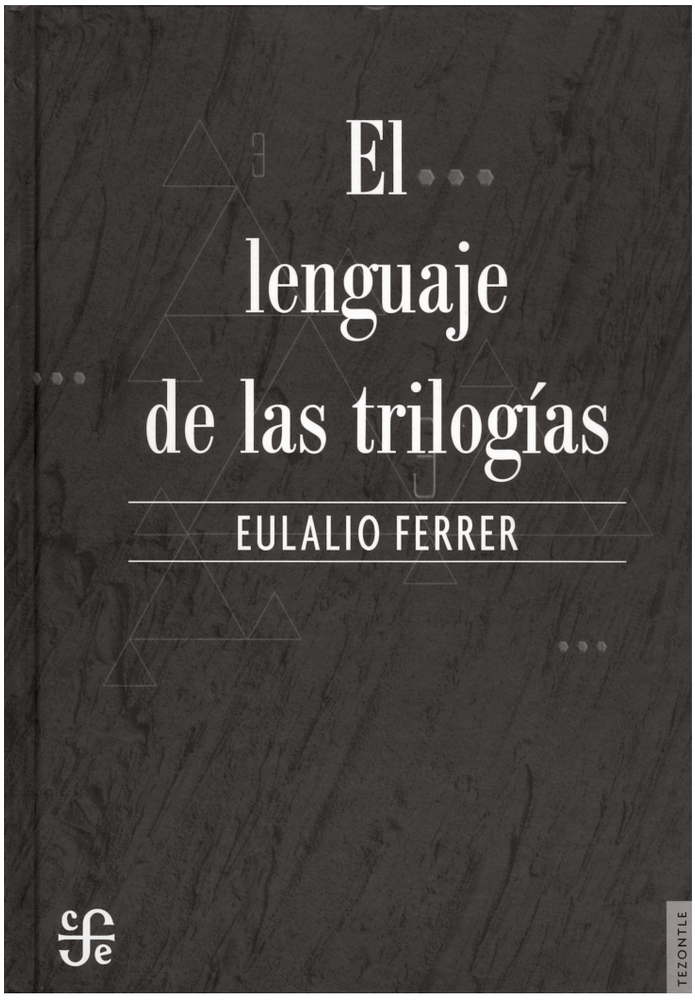
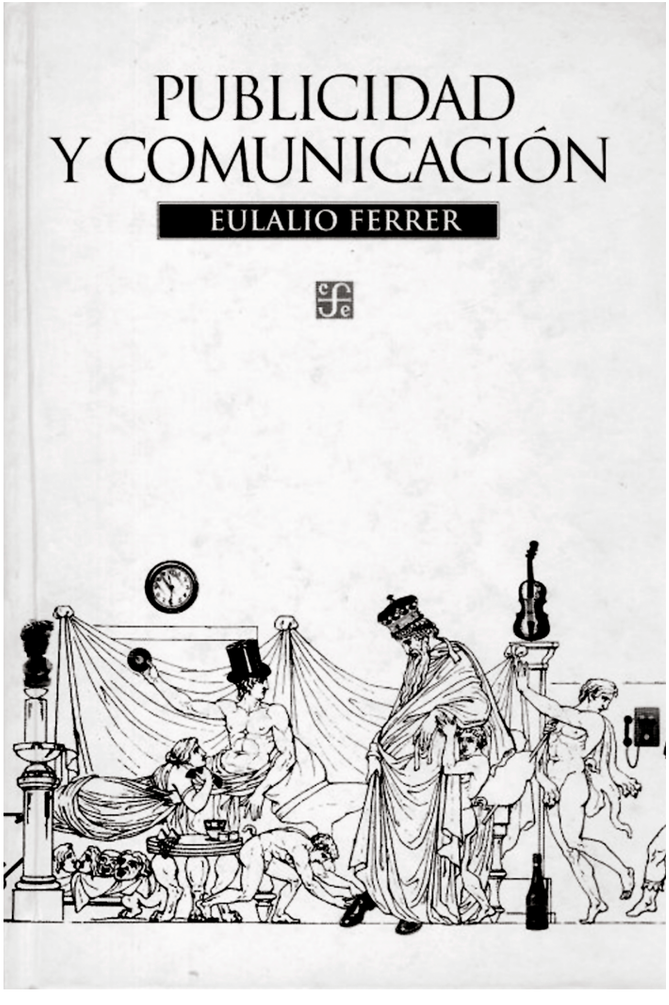
En efecto, fue un próspero publicista y un extraordinario comunicador, cuyos éxitos se reflejaron en la empresa de publicidad que lleva su apellido y en las importantes y cuantiosas campañas publicitarias que dirigió, pero lo que verdaderamente lo amerita como escritor, como académico, como intelectual es su condición de estudioso reflexivo y crítico del lenguaje publicitario y de la comunicación, esto es, su condición de *comunicólogo*, término que él mismo acuñó para definir a la persona que profesa la *comunicología*, es decir la "ciencia interdisciplinaria que estudia la comunicación en sus diferentes medios, técnicas y sistemas", según la define en su *Diccionario* la Real Academia Española, que la hizo suya por iniciativa de don Eulalio, al igual que la palabra castiza *mercadotecnia*, que ha sustituido felizmente al anglicismo *marketing*. A lo largo de los más de cuarenta libros dedicados a la comunicología que publicó en vida, Eulalio Ferrer desvela, con sus reflexiones de carácter lingüístico, sociológico y cultural, muchas facetas de la condición humana en general y de la cultura mexicana en particular, como bien lo vio Miguel León-Portilla al prologar el libro que dedicó a las pompas fúnebres, titulado *El lenguaje de la inmortalidad*.

Además de sus aportaciones, importantes e inaugurales, a la ciencia de la comunicología, Eulalio Ferrer, como decía, fue un promotor cultural infatigable y un mecenas generoso. Concedió becas, impulsó programas académicos, patrocinó premios literarios, algunos tan prestigiosos como el Marcelino Menéndez y Pelayo, que otorga la Universidad que lleva el nombre del ilustre polígrafo santanderino y al que se ha hecho acreedora, por cierto, Margit Frenk, una de nuestras colegas académicas; entregó al pueblo de Guanajuato sus ya men-

cionadas colecciones iconográficas y bibliográficas del *Quijote*, impulsó a artistas mexicanos tan notables como María Félix, Agustín Lara y Mario Moreno *Cantinflas*, cuyo nombre, para regocijo de Eulalio, también figura en el *Diccionario* de la Real Academia Española y se prodiga en varias entradas, como *cantinflada, cantinflear, cantinfleo, cantinflero, cantinflesco* y *acantinflado.*

Quien dedicó su vida a la recreación de la obra cervantina, al estudio de la comunicación, al lenguaje subliminal de la publicidad y de la propaganda, a la ética comunicativa y al fomento de la cultura no podía estar fuera de la Academia Mexicana de la Lengua, en la que ingresó en febrero de 1993 y a la que enriqueció con su sabia presencia e impulsó, desde el cargo de tesorero para el que fue elegido, al promover el establecimiento de la Fundación pro Academia Mexicana de la Lengua. Fue también miembro correspondiente de la Real Academia Española y de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.

Tales son, entre otros muchos que no enumero, los quehaceres, los méritos y los atributos que signaron la personalidad de Eulalio Ferrer, a quien la Academia recuerda y rinde homenaje.

Durante los últimos años de su vida, tuve la fortuna de estar cerca de don Eulalio. Lo vi trabajar con pasión e inteligencia en la organización de los coloquios cervantinos. Recibí las muestras de su amistad, pródiga y sobria a un tiempo. Fue mi amigo, mi editor, mi anfitrión en el íntimo comedor de la biblioteca de su casa del Pedregal de San Ángel, en Santillana del Mar y en Santander, donde a cada paso la gente del lugar, que lo reverenciaba más como patriarca que como hijo predilecto, lo detenía para saludarlo, reconocerlo y manifestarle su gratitud. Cuando pienso en su larga trayectoria, donde convivieron los más altos ideales con la cruda realidad de la derrota y el exilio; el espíritu libertario y las faenas empresariales; la filantropía y el esfuerzo cotidiano, creo que efectivamente su vida mucho tuvo que ver con el *Quijote*, pero en lo que la obra tiene de dialéctica entre el caballero y el escudero porque en su persona, como en la obra de Cervantes, se resolvió ese portentoso proceso señalado por Salvador de Madariaga que habría suscrito Miguel de Unamuno: el de la quijotización de Sancho y el de la sanchificación de don Quijote.

Texto leído en la primera sesión pública solemne de la Academia Mexicana de la Lengua, el 24 de junio de 2010, en la que se rindió homenaje a académicos recientemente fallecidos, entre ellos don Eulalio Ferrer.